

*(El Comercio, 22 de abril de 2009)*

Se supone que ante el Día de Libro lo que se impone es cantar sus excelencias, promover el hábito de la lectura o, incluso, recomendar algún libro. Lamento hacer lo contrario en cuanto a lo último; he optado por 'des-recomendar' un libro. Su autor es Herbert Hendin, un psiquiatra estadounidense especializado en el tratamiento de personas con tendencias suicidas; el libro, editado recientemente por Planeta en su versión castellana, se titula 'Seducidos por la muerte' y recoge la investigación llevada a cabo por el autor sobre lo que representa en la práctica la legalización de la eutanasia y el suicidio asistido. Para ello, se ha centrado en lo que ha sucedido en Holanda y en el Estado de Oregon, lugares donde estas prácticas son posibles.

Se trata de un libro riguroso fruto de las entrevistas del autor con médicos que han practicado la eutanasia o han participado en suicidios asistidos. El autor ha estudiado a fondo multitud de casos y ha puesto el foco en lo que decían y pedían los pacientes, en el comportamiento y actitudes de los familiares o allegados y de los médicos; ha seguido los casos, ha estudiado los informes oficiales sobre el particular, las demandas judiciales.

La lectura del libro le ayudará a descubrir que la supuesta autonomía del paciente, que se invoca como principal argumento legitimador en el ámbito legal, es prácticamente inexistente, tanto en la práctica del suicidio asistido como en la eutanasia, porque la presión del entorno familiar y médico es tremenda. Descubrirá que allí donde se legaliza la eutanasia las barreras que la ley establece para salvaguardar la autonomía del individuo en la práctica no se respetan, de modo que legalizar la eutanasia, lo que en realidad significa es dar derecho a los médicos a matar, porque el control de las condiciones legales es imposible. Lo que se legisló como derecho a una muerte digna en virtud de la autonomía individual acaba convirtiéndose en el derecho a matar de los médicos; derecho ampliamente ejercido por muchos de ellos sin el consentimiento de los pacientes (estudio Remmelink).

El libro le ayudará a ver que en la decisión de los pacientes de solicitar el suicidio asistido o la eutanasia, cuando se les comunica una enfermedad mortal o que les acabará limitando, cuenta mucho la actitud que tienen ante esa realidad el médico y el entorno familiar. Asimismo, muestra que la decisión inicial podría modificarse con el adecuado tratamiento psicológico, como sucede en el caso de personas con tendencias suicidas.

El libro muestra que lo que mueve a reclamar la muerte provocada muchas veces es el temor a unos sufrimientos que se consideran que van a resultar insoportables, una posibilidad directamente proporcional al descuido de los cuidados paliativos donde se ha legalizado la eutanasia. También relata el autor que los fármacos suministrados para realizar un suicidio

asistido a veces no funcionan tan inmediatamente como sería deseable, produciéndose situaciones de coma más o menos prolongado y teniendo que recurrir, paradojas de la muerte por compasión, a ahogar a la víctima con una bolsa de plástico.

Todo esto y más cuenta el libro, que no se puede leer sin que a uno se le haga un nudo en el estómago. Por eso, porque provoca náuseas comprobar el abismo de inhumanidad al que conduce la eutanasia, no le recomiendo este libro.